

Semblanza Cristológica de
M. Maria Antonia Paris
y
San Antonio María Claret
Fundadores de las
Religiosas de María Inmaculada
Misioneras Claretianas

Trabajo monográfico presentado por
Hermana Margarita Gomez, rmi

Delegación Independiente de los Estados Unidos de América
West Palm Beach, Fl. Diciembre 2008

Dedicatoria

Dedico este trabajo de reflexión a las Hermanas que me han precedido en mi caminar como Misionera Claretiana. Hermanas que ya gozan de la presencia del Señor, y hermanas que siguen haciendo este camino conmigo, su fidelidad, generosidad, y su honestidad en reconocer sus limitaciones y levantarse en los momentos de caída, han sido para mí siempre motivo de aliento, me han fortalecido en la fe, la esperanza, el amor, y me han invitado a caminar humildemente en la presencia del Señor.

West Palm Beach, FL Junio, 2009

INDICE GENERAL

	Página
Dedicatoria	1
Introducción	2-6
I- Itinerario de fe de los fundadores en su encuentro con Cristo	7-13
1. Cristo Jesus, Hijo de Dios, revelador del Misterio Trinitario ...	7-9
2. Vocación y llamada al seguimiento	9-13
II – Cristo, centro de la vida de M. Maria Antonia París y del P. Claret ...	13--46
1. Arraigados y cimentados en el amor a Cristo	
2. Configuración con Cristo pobre	
3. Pobreza traducida en actitud obediencial al Padre	
4. Cristo establece comunión de vida con Él y entre los que le siguen	
5. “Mirarán al que traspasaron”	
6. Cristo Eucarístico	
III – Visión de conjunto	
PROPUESTAS, Sugerencias para un trabajo personal y/o comunitario	47-56
Propuesta 1: Lectio Divina	
Propuesta 2: Reflexionar sobre la bondad y ternura de M. Antonia..	
Propuesta 3: Elaborar un diario personal	
Propuesta 4: Taller sobre las bienaventuranzas	

Introducción

Dios elige, en Cristo Jesús, desde antes de la creación del mundo, a toda persona que viene a este mundo. La elección es el don gratuito que Dios otorga, don que debe ser acogida en la fe y se va desarrollando a lo largo de la vida a través de las repuestas concretas y libres que la persona van dando al llamado particular que el Padre le hace en el Espíritu para continuar la obra que encomendó a su Hijo, el Verbo hecho carne, Jesucristo nuestro Señor.

El punto de partida de este trabajo de reflexión, que intenta penetrar en el misterio de lo que fue el núcleo central de la fe de Paris y Claret, no puede ser otro que el escuchar la pregunta que el mismo Jesús hizo a sus discípulos en el momento en que había que pronunciarse reconociéndole como Mesías, como enviado de Dios. Jesús de Nazaret hizo esta pregunta a sus discípulos: *¿Quién dicen ustedes que soy yo?* (Mc 8,29; Mt 16,15 Lc 9,20). Jesús hace esta pregunta en un momento crucial de su predicación sobre el Reinado de Dios; los discípulos que ya han convivido con él, que han escuchado sus palabras, que han sido testigos de sus curaciones, de cómo ha ido acogiendo a todas aquellas personas que vivían al margen de la sociedad, ahora tienen que hacer una confesión de su fe, de por qué le están siguiendo.

Pedro, guiado por el Espíritu de Dios, se hizo portavoz del resto de los discípulos, confesó y no negó, su respuesta fue una profesión de fe en Jesús de Nazaret: *Tú eres el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios* (Mt 16,6). Reconocer en Jesús al Cristo, al Mesías, Hijo de Dios, no pudo quedarse en meras palabras. Pedro siguió a Jesús, fue aprendiendo día a día lo que significaba vivir esa fe, los riesgos que comportaba; siguiendo a Jesús fue aprendiendo a amar con la incondicionalidad del Maestro, en medio de sus debilidades, de sus caídas. Cuando el Resucitado le pregunta: *Pedro, ¿me amas más que estos?* Pedro confiesa su amor por Jesús, tiene ante sus ojos al Resucitado. Pedro ha hecho un largo camino y ha aprendido a amar desde su propia indigencia, desde su propia pobreza como hombre pecador. *Señor, tú sabes que te amo.* (cf. Jn 21,15-17). Pedro aprendió lo que significaba ser discípulo de

Jesús, caminando detrás de él, y dejándose guiar por el Espíritu. Aprendió haciendo el camino cada día que, haber confesado a Jesús como Hijo de Dios, era aceptar su camino de entrega por amor hasta dar la vida en la cruz.

Podemos parafrasear la pregunta que Jesús hizo al círculo de los suyos, y hacérsela a M. María Antonia y al P. Claret: ¿Quién fue Jesús para ustedes? ¿Cómo vino a ser Cristo Jesús el centro de sus vidas? ¿Quién fue el Cristo con quien Dios-Padre les fue configurando a lo largo de toda tu vida? Es importante para nosotras, Misioneras Claretianas, entrar en contacto con el Cristo que nuestros Fundadores vivieron, en quien centraron todo su ser y su hacer; el Cristo al que anunciaron con sus vidas, y con sus obras apostólicas, el Cristo a quien entregaron su corazón de manera indivisa, y a quien entregaron incondicionalmente su corazón, su vida, para continuar, en él y por él, la misión que el mismo Cristo recibiera del Padre.

Para entrar en el misterio de la vivencia cristológica de nuestros Fundadores tenemos a nuestra disposición sus escritos, autobiografía, cartas, y los numerosos libritos y folletos, en el caso del P. Claret, que escribió para dar a conocer la Buena Nueva, Jesucristo, a aquellos que no le conocían, y para afirmar en la fe a los que se habían enfriado en su seguimiento.

En la encrucijada histórica que nos ha sido dado vivir, el Señor Resucitado, que suscitó en su Iglesia el carisma Claretiano-Parisino (así me atrevo a llamarlo), nos pregunta a cada una de nosotras, Misioneras Claretianas. *¿Quién dicen ustedes que soy yo?, ¿Soy yo el centro de tu vida?* Siendo herederas del carisma Claretiano-Parisino suscitado por el Espíritu para bien de la Iglesia y de la humanidad, debemos entrar en nuestro interior y dar una respuesta a esta pregunta con veracidad, con toda honestidad. Nuestra respuesta tiene que ser dada en continuidad con la respuesta dada por nuestros Fundadores, Madre María Antonia Paris y San Antonio María Claret. Para ello necesitamos una vez más retornar a contemplar, reflexionar, la vivencia que ambos fundadores tuvieron de Jesucristo, como el amor incondicional a Cristo Jesús fue motor, guía, y centro existencial de su vivir. Ninguno de los dos escribió un

tratado de Cristología,¹ ambos vivieron en Cristo día a día dejándose transformar por su Espíritu que fue obrando en ellos su cristificación.

Este trabajo monográfico quiere ser un intento sencillo, fraternal, ofrecido a todas nosotras, Claretianas, con el deseo de que nos ayude a re-descubrir, reavivar y profundizar en nosotras la vivencia que nuestros Fundadores tuvieron de Cristo Jesús con el fin de seguir creciendo en nuestra vivencia en el seguimiento de Cristo. Es Cristo Jesús quien nos llamó y nos sigue llamando en su Iglesia para ser misioneras-apostólicas, a imitación de los Apóstoles, llevando a toda criatura la Buena Noticia del Evangelio. La experiencia de fe de nuestros Fundadores no es una experiencia privada y exclusiva de ellos, es una experiencia que ellos quisieron compartir, guiados por el Espíritu, con todos aquellos que seguirían el carisma que ellos recibieron. Su experiencia fue origen de comunidades apostólicas que siguen la misma misión que el Padre confiriera a su Hijo.

Al comenzar a hacer este trabajo-reflexión, dejemos que resuene en nuestro interior las palabras que Dios dirigió a Moisés cuando le llamó a entrar en su presencia, el recinto sagrado de la zarza ardiendo: *Descálzate, el lugar en que estás es tierra sagrada* (Ex 3,5). Pido al Espíritu me conceda descalzarme, desprenderme de todo prejuicio, pre-concepción, para que guiada por su bondad y sabiduría pueda entrar en ese recinto sagrado que es la intimidad que M. Maria Antonia y el P. Claret vivieron en Cristo y gozan ya ahora con él. Ambos Fundadores fueron caminando de fe en fe, vivieron en comunión de vida con Cristo, fueron dejando que en ellos se fuera formando la imagen de Cristo, de manera que sus vidas proclamaran el amor que ardía en sus corazones. Mi objetivo en este trabajo monográfico es entrar a contemplar una vez más el amor a Cristo que está a la base de la entrega de nuestros Fundadores al servicio del Evangelio.

¹ Durante su estancia en Roma, el Arzobispo Claret compuso un opúsculo sobre la divinidad de Jesucristo en el que expresaba sencillamente su fe en él. Era su respuesta a las dudas que se atribuían a la obra de Renan. Se menciona este opúsculo en la Biografía de San Antonio María Claret escrita por J. M. Lozano.

El Espíritu fue quien puso a nuestros Fundadores en el camino del seguimiento, quien habló y entretejió en sus corazones el celo apostólico. Ambos fueron dóciles a la guía del Espíritu y en la medida que fueron fieles se les dio entrar día a día en una intimidad mayor con Cristo Jesús, que les llevó a vivir en él, a sentir con él, a entregarse como él, a padecer con y como él, para así, con él, llegar a la Vida. He vuelto a leer las autobiografías de nuestros Fundadores, algunos de sus escritos, buscando encontrar los rasgos de su intimidad con Cristo. A mi entender, es esta relación de vida en comunión con Cristo Jesús la que les fue conformando como apóstoles, enviados en misión, y como fundadores de familias apostólicas que continuasen lo que ellos iniciaron en respuesta fiel a la iniciativa divina. Todo su ser y hacer estuvo motivado por la experiencia del Cristo que vivían: su vivir era Cristo: *Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mi* (Gál 2,20). El encuentro con Cristo marcó el itinerario de sus vidas en indisoluble alianza: este encuentro vino precedido por una fe incipiente que fue creciendo alimentada por el ambiente religioso de su época y de sus familias.

Esta reflexión monográfica representa un primer intento de acercamiento al tema de cómo vivieron a Cristo nuestros Fundadores; como todo trabajo de reflexión, tiene sus limitaciones. No es un trabajo de investigación exhaustivo, tan sólo pretende ser una guía que nos ayude a nosotras, Claretianas, a profundizar en nuestro encuentro con Cristo y con la misión que Él nos confía, teniendo ante nuestros ojos para guiarnos en el camino, a M. Maria Antonia Paris y San Antonio María Claret.

*Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones
espirituales, en los cielos, en Cristo;
por cuanto nos ha elegido en él
antes de la fundación del mundo,
para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor;
eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos
por medio de Jesucristo,
según el beneplácito de su voluntad,
para alabanza de la gloria de su gracia
con la que nos agració en el Amado.*

(Ef 1,3-6)

*Me enseñó Dios lo más acendrado de la perfección tan pronto como le conocí;
... ¡Qué amor más puro e intenso a Cristo crucificado!
Todos mis deseos eran la santa cruz y el vivir y morir crucificada con Cristo.*

(M. Maria Antonia Paris. *Recuerdos y Notas*, 1)

*¡Oh Jesús mío!, os pido una cosa que yo sé me la queréis conceder.
Sí, Jesús mío, os pido amor, Amor,
llamas grandes de ese fuego que Vos habéis bajado del cielo a la tierra.*

(Aut. PC # 446)

I – ITINERARIO DE FE DE LOS FUNDADORES EN SU ENCUENTRO CON CRISTO

Ambos fundadores vivieron en familias fuertemente enraizadas en la fe católica. Desde niños aprendieron la fe de sus padres, y al ir creciendo fueron personalizando la fe recibida. Es en este ambiente que escucharon en su corazón la voz de Cristo Jesús que les llama a seguirle, para estar con él y para enviarles a evangelizar (Mc 3,14). No pusieron obstáculo alguno a esa llamada, una vez escuchada la acogieron en fe y con toda humildad. *¿Señor, quien soy yo para que tú me llames a tu servicio?*

1. Cristo Jesús, Hijo de Dios, revelador del Misterio Trinitario

La llamada a seguir a Cristo Jesús, y continuar su obra salvadora, tiene su origen en el misterio Trinitario de Dios. Jesús revela un Dios que es amor, su identidad profunda es ser comunión de personas, en continua relación interpersonal en el amor. El Verbo, el Hijo, se ofrece a sí mismo en amor obediencial al Padre para restaurar la relación con la humanidad que el pecado había destruido. El Padre acepta la oferta del Hijo, y le glorifica reivindicando su nombre y enviando al Espíritu que en ellos obra el amor vivificador. El misterio de la Encarnación nos revela el amor insondable del Dios Trinitario que, a pesar de la negativa de sus criaturas a acoger su amor, no abandona su plan de salvación, un plan que es siempre oferta de amistad, de comunión (cf. *Dei Verbum* no. 2).

El Verbo de Dios se hace carne, es Jesús de Nazaret, él es el Hijo de Dios, en él se revela y se hace presente el rostro misericordioso, bondadoso y fiel del Padre para con todas sus criaturas. Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, por su entrega incondicional y amante, abre de una manera definitiva el camino de retorno a la casa paterna. Vino del Padre y retornó al Padre (Jn 1,1-18). Retorna a estar junto al Padre a través de su entrega obediencial y libre, viviendo en el amor de manera incondicional,

hasta dar la vida muriendo de manera cruenta en la cruz. Condenado por el mundo, pero glorificado por el Padre y el Espíritu. Por eso su muerte no termina en destrucción, sino que se hace camino para entrar en una vida para siempre, abriendo para la humanidad la posibilidad de acoger la invitación del Padre a vivir la vida en filiación y fraternidad. El Padre nos acoge como hijos/hijas en Cristo Jesús, somos hijos/hijas en el Hijo.

El bautismo nos hace ser partícipes en la filiación de Cristo Jesús, el Espíritu obra en todo bautizado el ser nuevas criaturas. Ahora bien, la filiación se nos da en el bautismo como tarea a realizar a lo largo de nuestro peregrinar temporal (Jn. 1,12). El creyente se va haciendo hijo/hija de Dios Padre en la medida que va respondiendo a la voz interior que el Espíritu suscita en su interior guiando hacia el encuentro con Cristo Jesús, escuchando su llamada a seguirle en el camino de la fidelidad y del amor abierto por él. Esa llamada se fue concretizando en la vida de nuestros Fundadores en su caminar de fe en fe a lo largo de su vida; ellos acogieron el don que se les ofrecía de ser discípulos-apóstoles-misioneros de Cristo Jesús, el enviado del Padre, continuando la obra que el Padre le había encomendado.

Los evangelios nos presentan a Jesús de Nazaret creciendo y desarrollándose en fidelidad a la escucha del Padre. Desde que fue engendrado por obra del Espíritu en la joven virgen de Nazaret, María, hasta que adviene el tiempo designado en la providencia del Padre para comenzar a hacer presente el Reinado de Dios con su predicación y su vida. El bautismo en el Jordán es el comienzo del hacer público de Jesús. En el Jordán se abre el cielo y Jesús escucha la palabra del Padre y toma conciencia de su vocación, (Mt 3,13-17). Jesús escucha la palabra del Padre, la acoge, y descubre que ha llegado el momento de comenzar la misión para la que fue enviado. Se deja llevar por el Espíritu, se prepara en el desierto para la misión encomendada, pasa por la prueba venciendo la tentación, y sale refortalecido por el Espíritu para comenzar la predicación del Reinado de Dios, invitando a todos a acoger el mensaje de reconciliación que se hace presente a través de sus palabras y obras, en definitiva,

de su persona. A partir de este momento Jesús llamará a algunos a seguirle para que continúen su misión. Como Jesús, sus discípulos serán guiados por el Espíritu, vivirán en comunión con Jesús y con el Padre por la acción del Espíritu en ellos, y ardiendo en ese amor darán su vida como la dio el mismo Jesús.

La experiencia de ser llamados a vivir y anunciar el Reinado de Dios, el Evangelio, la Buena Noticia que es Jesucristo, la tuvieron nuestros Fundadores en el momento designado por Dios. Comenzó esta experiencia desde su bautismo y llegó a su plenitud cuando sus vidas llegaron a su término, cuando el Padre les llamó a vivir para siempre en su presencia.

2. Vocación y llamada al seguimiento

M. Maria Antonia París y el P. Claret, entendieron su vocación apostólica-misionera en clave de seguimiento, el Espíritu puso en sus corazones el celo apostólico que brotaba de su encuentro personal con Cristo Jesús. Le siguieron porque le amaron con todas las fuerzas de su ser, y al vivir en estrecha e íntima relación con él, se entregaron incondicionalmente al servicio del Evangelio, fueron profetas con Cristo profeta en el momento histórico y eclesial en que Dios les había puesto.² El amor a Cristo que ardía en sus corazones les llevó a escuchar la llamada a continuar la misión de Jesús, proclamar la bondad de Dios, anunciar la buena noticia de que Dios nunca abandona a su pueblo, de que es un Dios fiel y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad (cf. Ex 20,6). La experiencia que ambos Fundadores tuvieron de ser llamados al servicio del Evangelio la expresaron identificándose con la experiencia del profeta Jeremías (Jer 1,5-8). M. Maria Antonia Paris y el P. Claret leyeron su propia existencia desde el amor de Dios que les *había consagrado*, antes

² En Madre Antonia se dio más desde el testimonio de cómo vivió su vida. No hizo escritos doctrinales, fue fiel al mandato del Señor, su misión era fundar una orden nueva en la práctica no en la doctrina. Autobiografía M. María Antonia Paris. Escritos María Antonia Paris, Estudio crítico, Introducciones y Notas por el P. Juan Manuel Lozano. Barcelona, 1985, Autobiografía # 7, p. 59. De aquí en adelante Aut. MP.

de que ser formados en el seno materno, antes de su nacimiento. Su ser apóstoles no era algo accidental a su ser, desde su origen, en los planes de Dios, estaban llamados a ser apóstoles de Jesucristo en el seno de la Iglesia teniendo como horizonte el mundo entero.

Podemos decir con toda verdad que M. Maria Antonia fue una mujer de fe, urgida por un amor ardiente a Cristo Crucificado, a Dios-Padre y a la Iglesia. En su corazón sólo había un deseo: consagrarse a Dios, ser religiosa, en una palabra, ser toda de El. En M. Maria Antonia se da una *disponibilidad incondicional* al querer de Dios. Antes de recibir la revelación en la que se le pide fundar una Orden nueva, esto es, antes del episodio que se ha llamado *Visión Inicial*, ella misma nos dice, que había ofrecido a Dios su vida: "*le ofrecí mi vida en sacrificio como otras veces había hecho*"³. Es tal la magnitud de los problemas que ve y experimenta en la Iglesia de su tiempo que no está en su mano encontrar soluciones, sólo sabe ofrecerse, estar disponible, decir "*aquí estoy*".

M. María Antonia es bien consciente de su incapacidad para hacer algo que lleve a cambiar esa situación. Los relatos de vocación que aparecen en la Sagrada Escritura muestran a la persona llamada poner objeciones ante la misión que se le confía, la persona se ve a sí misma tan pequeña, sin dones para llevar a cabo lo que Dios le pide, se ve insignificante dentro de su medio ambiente, piensa que nadie va a escuchar el mensaje que Dios le ha dado. En M. Maria Antonia encontramos estas mismas características, ella se sentía así, pequeña, insignificante, pero eso sí, su corazón apasionado deseaba entregarse al Señor incondicionalmente, se rinde a lo que el Señor pueda querer de ella; y en su ofrecerse sabe de su nada, de su pobreza y pequeñez:

"... bien persuadida que no era de ningún valor mi vida para satisfacer tantos males; pero como no tenía virtudes para ofrecerle, le suplicaba se dignara

³Aut. MP #2, p. 56.

enseñarme lo que había de hacer para darle gusto y gloria cumpliendo su santísima voluntad"⁴.

La respuesta que Dios da a tan generoso ofrecimiento es sorprendente. La *misión* tiene un carácter eclesial, se la pide ser el corazón en la iglesia, no sólo en la iglesia española, sino en la iglesia universal. El Señor dice a M. Maria Antonia que la misión que la confía la va a poder llevar a cabo en la medida en que *ella viva con radicalidad la Santísima Ley y Consejos Evangélicos*⁵. Su vida será parábola que interpele a todos aquellos que entren en contacto con ella.

El fuego ardiente de entregarse al servicio de Dios no nace de la joven Antonia, ese ardor ha nacido en Dios y ella lo acoge incondicionalmente. Quiere ser toda de Dios, no ve otro modo de serlo sino consagrándose a su servicio siendo religiosa.⁶ El itinerario que M. Maria Antonia recorre en su caminar de fe, en su irse configurando con Cristo, parte del encuentro personal que se dio entre Cristo Crucificado y ella. La experiencia que, estando una noche en oración le fue dada en el año 1842, es un sello indeleble que marcó desde ese momento su progresiva identificación con Cristo sufriente en su Iglesia.⁷

M. Maria Antonia vivió su proceso de identificación con Cristo precisamente desde la realidad histórica propia de su tiempo. La persecución que en su tiempo sufría la Iglesia por parte del gobierno español impedía que ella pudiera realizar su ardiente deseo de entregarse al Señor entrando en un convento. Esas dificultades fueron ocasión para que la joven María Antonia se dejase guiar por el Espíritu. Ella había interpretado la situación de la persecución que la Iglesia sufría por parte del Gobierno español como una fuerza externa de oposición, pero es el Espíritu quien revela a M. María Antonia el sentido profundo de tal persecución, ésta tiene como causa la infidelidad de la Iglesia a su Señor. Lo propio y característico de la vocación

⁴ Aut. MP # 3, p. 57

⁵ Aut. MP # 3, p. 57.

⁶ M. Antonia dice que desde que tenía uso de razón quería ser religiosa; cf. Aut. MP # 97, pp. 102-103.

⁷ Aut. MP # 2, p. 56.

de M. María Antonia fue su ser asumida en la cruz de Cristo compartiendo con Él sus dolores por su cuerpo que es la Iglesia. M. Antonia, configurada con Cristo, lo veía todo en Cristo, y en Cristo dio su sí incondicional a Dios-Padre dejando que se le fuera revelando poco a poco el camino de cómo realizar la obra y misión que se la confiaba llevar a término.

Esta apertura incondicional a lo que Dios quisiera mostrarle para llevarlo a cabo se materializa en oración perseverante que M. María Antonia repetía cada día:

Os suplico que os dignéis iluminarme con vuestra infinita Sabiduría para que os conozca a Vos y me conozca a mí y conozca también todo lo que Vos queréis que haga para servirlos y amarlos con toda la perfección que es posible en esta vida.⁸

El P. Claret vivió en una familia fuertemente enraizada en la fe católica. Su niñez y juventud estuvieron marcadas por la dimensión religiosa de sus padres. En su hogar, de niño, escuchó la voz del Maestro que le llamaba a seguirle siendo sacerdote,⁹ Sentía en su corazón de niño el dolor de tantas almas que confundían el camino y se apartaban de Dios, el niño Antonio quería estar en ese camino para ayudarles a retornar a Dios.¹⁰ Esta primera llamada, acogida con toda sinceridad y generosidad, quedó en el corazón de este niño y fue creciendo ahí, hasta aflorar con mayor fuerza en la juventud, momento en que el P. Claret escuchó la voz que le llamaba a entregarse al servicio de la salvación de las almas.

El joven Claret tenía un don natural para la industria del telar, su padre le puso pronto a trabajar en la fábrica de hilados y tejidos de la familia; al ver su habilidad para el negocio, le envió a Barcelona a perfeccionar sus conocimientos de fabricación

⁸ “Oración de la mañana”. *María Antonia Paris. Escritos*. Estudio Critico. Introducciones y Notas por el P. Juan Manuel Lozano, cmf. Barcelona, 1985, p. 194-195..

⁹ En 1820 cuando tenía doce años, Claret sintió la voz de Dios que llamaba, escuchó esa voz y se ofreció (cf. Autobiografía no. 701 en donde Claret da un cuadro cronológico de las épocas más notables de su vida). Nos referiremos de aquí en adelante a la autobiografía de Claret con la sigla: Aut. PC.

¹⁰ Cf. Auto. PC # 8-9, 15, 17.

de tejidos. En la gran ciudad el joven trabajaba y estudiaba. Su mente estaba llena de nuevas ideas, de proyectos,... el mundo de la fabricación de tejidos le abría sus puertas, podría tener éxito, riquezas, hacerse un nombre en el mundo de la industria del telar. Llega el momento de decidir, el joven Claret debe optar por seguir el camino de establecer una fábrica de tejidos con grandes posibilidades de éxito o escuchar la voz interior que le llama a otros campos de acción. Los éxitos y la proyección de un brillante futuro en la empresa de la fabricación de tejidos no le llenan, siente un vacío en su corazón que nada lo satisface. Resuena en su interior la llamada que sintiera a los doce años. Como a Pablo de Tarso, Cristo sale al encuentro del joven Claret, en su corazón resuenan con fuerza las palabras del evangelio: *¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?* (Mt 16,26).¹¹ Claret ha encontrado el tesoro, la perla preciosa (Mt 13,44-46), lo deja todo, se entrega a sí mismo, su ser y su hacer, ya no irá en búsqueda de un porvenir brillante y prometedor como “ingeniero industrial”, siente el ardor de ser apóstol de Jesucristo, se hará todo para todos con tal de ganar a algunos para Cristo (1Cor 9:19). El amor de Cristo arde en su corazón, es el fuego que le impulsa a trabajar sin desfallecer. En su escudo arzobispal puso la frase de San Pablo: *El amor de Cristo me urge* (2Cor 5,14).

Como Cristo, Claret se entrega incondicionalmente por amor a la voluntad del Padre. El Espíritu que guió al Hijo le urge a predicar el amor de Dios, Claret es la voz que resuena ofreciendo la amistad de Dios a todos aquellos que quieran acogerla.

II. CRISTO, CENTRO DE LA VIDA DE M. MARIA ANTONIAY DEL P.

CLARET

1. Arraigados y cimentados en el amor a Cristo

Los Fundadores contemplaron la vida de Jesús narrada en los evangelios. En ellos descubrieron que Jesús se entregaba incondicionalmente al servicio del Reino,

¹¹ Aut. PC # 68-69.

que su amor al Padre guiaba sus pasos, su obrar, sus palabras. Jesús de Nazaret no se casó, no tomó mujer, fue el maestro/rabino que se entregó en cuerpo y alma a la tarea que Dios-Padre le encomendara llevar a cabo. Jesús es el hombre que tiene amigos, y se goza de su compañía, pasa por sus casas, sufre con ellos y por ellos. Tiene un corazón entrañable, se apiada de los enfermos, de los pecadores, de los desahuciados por la sociedad religiosa de su tiempo. Su estar centrado en el Padre abre infinitamente su capacidad de amar, es el hombre con entrañas de compasión, se compadece de la madre que ha perdido a su hijo único (Lc 7,11-17); llora ante la muerte de su amigo Lázaro (Jn 11), tiene compasión por la ciudad impenitente, Jerusalén (Lc 19,41). El amor que Jesús tiene no es un amor abstracto, frío, no se esconde, no tiene miedo a amar al discípulo amado, a María de Magdala, a Marta, a Lázaro, a Zaqueo, ...

El amor, de Jesús, es como un río caudaloso, un océano de aguas vivas, incontenibles, que se sale de su cauce fecundando las tierras que encuentra su paso; es un amor tan incondicional que se hace servicio hasta el punto de dar la vida por sus amigos, por todos, por la humanidad.

Sólo el que ama puede entregar su persona, cuerpo y alma en unidad, a la relación exclusiva con Dios y en servicio a la misión que Dios le confía. La motivación de ser célibe no está en quedar más libre para entregarse al servicio del pueblo de Dios, la motivación está en serlo por amor a Dios, al Dios que pide a algunas personas la totalidad de su ser, sin que esto sea en menoscabo de otras vocaciones.

La llamada a seguir en pos de Jesús ensanchó el corazón de nuestros Fundadores para amar sin límites, sin barreras, sin condiciones. Siendo hijos en el Hijo por el bautismo, correspondieron a la gracia recibida y no pusieron obstáculo alguno a amar al Señor con todo su corazón, con todas sus fuerzas. Le siguieron en el camino del amor y la entrega abierto por él.

Nuestros Fundadores vivieron la vocación al servicio de la Iglesia y de la humanidad con un corazón indiviso entregado a Dios-Padre que les llamaba a seguir a Jesús adoptando el estilo de vida que Jesús mismo había tomado como expresión de su ser todo del Padre y todo para-los-demás. Tanto en la M. María Antonia como en el P. Claret su vivir fue un vivir en Cristo y para Cristo. Su corazón estuvo siempre fijo en Cristo Jesús, el Espíritu que poseyó a Jesús, Espíritu de amor que establecía la comunión entre el Padre y el Hijo, fue derramado en el corazón de M. María Antonia y del P. Claret, en ellos encontró una acogida incondicional, radical, de tal manera, que sus corazones se entregaron a vivir en ese amor y a comunicarlo a los demás.

En los escritos de M. María Antonia podemos percibir un corazón que ama sin reservas a su Señor. Es un amor virginal, casto, totalizante de toda su persona, este amor arde en su corazón desde su más tierna infancia; su deseo inquebrantable de entregarse al Señor, de ser religiosa, nace de un corazón amante que busca ser toda del amado y para el amado.

La contemplación del Maestro, en la cátedra de la cruz, hace comprender a M. María Antonia que el amor no pone condiciones, que quien ama debe darlo todo, no sólo las cosas, sino que debe darse a sí misma. Amar gratuitamente, sin esperar nada a cambio, amar dando la vida, en lo pequeño y en lo grande, en la renuncia generosa del yo, en el sacrificio personal escondido, en el dejarse guiar, conducir, confiando que es Dios quien guía y quien llevará a cabo la obra que la encomienda. Nada la arredra, en las dificultades, en los momentos de tomar decisiones que marcarán su caminar de fe en fe, M. María Antonia se doblegaba a la voluntad de Dios: *el amor a Vuestra Santísima Voluntad Señor, me rinde a todo sacrificio.*¹²

Es el amor de Dios derramado en ella quien la guía, la sostiene. Vive en la presencia continua del Señor, dice *tenerlo siempre presente*, y siente su corazón romperse, incapaz de acoger tanto amor recibido del Señor.

¹² Aut. MP # 107, p. 108.

Desde entonces (la visión inicial) me ha hecho la gracia Nuestro Señor de tenerlo siempre presente, y una muy íntima comunicación con Su Divina Majestad especialmente en la Humanidad Santísima de Cristo Señor Nuestro, y en el Santísimo Sacramento. Han sido tantas y tales las finezas de amor que ha obrado Dios nuestro Señor en esta miserable pecadora, que muchas veces me he visto obligada a exclamar: Basta, Señor mío, basta; o ensanchad mi corazón o suspended tales finezas.¹³

Esa dedicación absoluta a predicar el Evangelio en el P. Claret nacía de un corazón que amaba y que estaba dispuesto a darlo todo por amor a Dios y a sus hermanos. Todo el obrar del P. Claret está en la línea de un amor que quiere darse hasta sufrir el martirio, si es preciso dando su sangre, como manifestación del amor a Cristo Jesús. El P. Claret era bien consciente de la necesidad de guardar el corazón, de adoptar un estilo de vida que ayudase a vivir en castidad, que le preservara de todo peligro, de toda tentación. Porque el cuerpo es vehículo de expresión del alma, porque se da una unidad intrínseca entre ambos, el P. Claret puso su compromiso de vivir amando castamente en las manos de María Virgen.

A veces podemos pensar que el P. Claret tuvo sus miedos en cuanto a relacionarse con la mujer, ciertamente tuvo experiencias en las que las mujeres fueron las que le buscaron y le solicitaron, y él acudió a la oración para librarse de esas tentaciones. Pero esto no supuso que el P. Claret cerrase su corazón, que se aislara en una incomunicación con la mujer, no le llevó a cerrarse egoístamente en sí mismo, al contrario, al entregar su corazón al Señor vio que su amor se dilataba hasta gastarse por todos. Es este amor indiviso entregado al Señor el que le hace ver las necesidades de sus semejantes, el que le hace ir de un lado a otro predicando, confesando, abriendo espacios en los que los pobres puedan ir saliendo de su pobreza. El P. Claret tuvo un corazón compasivo porque su corazón ardía en el amor a Cristo Jesús. *¡Ay de mi si no evangelizare! (1Cor 9,15)*

¹³ Aut. MP # 12, p. 61.

Cristo es el único modelo a seguir por todos aquellos que quieren vivir ya el Reinado de Dios. Seguirle exige ir detrás de él, apropiándose e identificándose con su actitud fundamental: entrega incondicional por amor al Padre a favor de todos, asumiendo su radical pobreza, su entrega y amor incondicional en servicio a la humanidad. Seguir a Jesús no es cuestión de hacer las mismas cosas que él hizo, seguir a Jesús es entrar en ese dinamismo de entrega incondicional por el bien de los demás por amor al Padre. Así lo entendió el P. Claret:

A imitación de Jesucristo, el misionero apostólico ha de empezar por hacer y practicar, y después enseñar. Coepit facere et docere. Con las obras ha de poder decir lo del Apóstol: Imitadme a mí, así como yo imito a Cristo. Imitatores mei estote, sicut et ego Christi.¹⁴

También así lo entendió y vivió M. Antonia. Su corazón quedó prendado de la hermosura de Jesucristo, Maestro y Señor crucificado.

Me enseñó Dios lo más acendrado de la perfección tan pronto como le conocí; ¡qué mortificación tan perfecta! ¡qué abnegación tan cabal! ... ¡qué amor más puro e intenso a Cristo crucificado!. Todos mis deseos eran la Santa cruz y el vivir y morir crucificada con Cristo.¹⁵

M. Maria Antonia dejó que el amor de Cristo a su Iglesia encontrase en ella un corazón dispuesto a sufrir con Él por ella; el Señor Resucitado que sigue estando presente en su Iglesia, entregándose por ella, invita a M. Maria Antonia a compartir esta su entrega.

3 de septiembre del mismo año (1859) estando en oración díjome su Divina Majestad aún quiero desposarte con mi Iglesia, dije yo “Señor yo estoy

¹⁴ Aut. PC # 340.

¹⁵ “Recuerdos y Notas” # 1, *Escritos*, p. 189. De aquí en adelante RN

*desposada con Vos por los votos religiosos” entonces me hizo entender que quería un desposorio singular.*¹⁶

El amor a Cristo invade y penetra el ser de M. Antonia, seguir las pisadas de Cristo *nuestro Bien* es la razón de su ser, orienta todo su vivir.¹⁷

Para M. María Antonia y el P. Claret la imitación de Cristo supone adherirse a Él en un seguimiento incondicional, las virtudes que practican y recomiendan seguir a otros, no son sino modos concretos de irse configurando con el Maestro. El ejercitarse en la práctica de la virtud no es por la virtud en sí misma, sino porque la virtud es camino de identificación, de configuración con Cristo. Esta configuración con Cristo se va dando simultáneamente en su ser y en su obrar, se sienten urgidos a comunicar a otros lo que han recibido y viven, su espiritualidad apostólica brota de su estar identificados con Cristo mismo. En medio de las dificultades, de los obstáculos, de las persecuciones que sufrieron siempre se vieron fortalecidos y consolados por el Espíritu de Cristo.

*...me animaba mucho a padecer, porque Dios nuestro Señor me ha dado un amor tan grande a mi Santa Madre Iglesia, que si a costa de mi vida (y aunque tuviera mil) pudiera yo restituírle la paz, con grandísimo amor sufriría los más crueles tormentos, aunque fuera hasta el fin del mundo.*¹⁸

M. María Antonia tiene una relación de íntima amistad con Cristo, que llega a decir: *Me parece imposible poder vivir una criatura en esta miserable vida tan íntima comunicación con Dios.*¹⁹ Hay una temporada en la vida de M. María Antonia en que vive esa relación de un modo muy singular, siente que su trato con el Señor es el trato que dos amigos tienen, se da una comunicación tal que ambos desean buscar tiempos para hablar a solas, para poder compartir con toda familiaridad lo que les preocupa, lo

¹⁶“Diario” # 41. *Escritos* p. 240. Leer la nota no. 135 sobre este punto que explica la espiritualidad eminentemente eclesial de M. María Antonia.

¹⁷ Constituciones Misioneras Claretianas, *Blanco y Fin*, 3. De aquí en adelante Const.

¹⁸ *Aut. MP* # 35, *Escritos*, p. 72-73.

¹⁹ *Aut. MP* # 48. *Escritos*, p. 243.

que aman, sus planes y proyectos. Es en este tiempo en que el Señor hace ver a M. María Antonia el estado en que se encuentra la Iglesia y la necesidad que tiene de renovación.²⁰

En el apóstol San Pablo encontraron nuestros Fundadores un gran modelo a seguir en la evangelización de los pueblos. A raíz del momento en que Dios-Padre revela a Pablo a su Hijo, el Resucitado, Pablo consideró como nada, como basura toda su historia anterior (Flp 3,7-8), vivió en pobreza y desprendimiento (Flp 4,12.18), dando testimonio con su vida de que la única riqueza del cristiano es Cristo. San Pablo optó por trabajar con sus propias manos para sustentarse y así mostrar que su predicación no era interesada, que no buscaba el dinero, la riqueza ni el poder (1Tes 2,5). Su único deseo era dar a conocer a Cristo, un Cristo con el que se había identificado desde el momento en que tuvo la revelación y con ella la misión de ser apóstol. Así también M. María Antonia y el P. Claret.

2. Configuración con Cristo pobre

Ambos Fundadores, M. María Antonia y el P. Claret, se identificaron con Cristo Jesús y con el Reinado de Dios proclamado por él. La Constitución Fundamental de este Reinado Jesús viene descrita en el sermón proclamado en la montaña (Mt 5,1-7,29), en este discurso de Jesús se describe el Reinado de Dios ya presente.

Bienaventurados los pobres, el Reinado de Dios está en ellos.

Bienaventurados los mansos, ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, ellos verán a Dios.

²⁰ Ibid.

Bienaventurados los pacíficos, ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, el Reinado de Dios está en ellos.

Bienaventurados serán cuando os injurien, maltraten, ... por mí causa.

Entonces alégrese y regocíjense.

(Mt 5,3-11)

Jesús de Nazaret hace esta proclama desde lo que él mismo vive ya como Reinado de Dios. Las bienaventuranzas no son un ideal a alcanzar propuesto por Jesús sino expresión de la identidad de Jesús, el Hijo de Dios. Jesús presenta a sus seguidores el camino que deben seguir, el camino que él mismo hace, respondiendo a su identidad de ser Hijo. Felices aquellos que son pobres, que viven con toda radicalidad su dependencia del Padre, que no fundamentan su ser en sí mismos, en sus egoísmos personales, sino que viven de cara al Padre, dejando que el Padre lleve a cabo en ellos su Reinado. Sólo desde esa radicalidad de ser pobres pueden vivirse el resto de las bienaventuranzas. Jesús propone este camino a sus seguidores porque él va delante viviéndolo a la perfección.

Las bienaventuranzas no fueron para M. María Antonia y el P. Claret una idea utópica, un ideal imposible de alcanzar, reconocieron en ellas al Maestro, y las tomaron como actitudes fundamentales a hacer suyas. Nuestros Fundadores descubrieron el significado profundo de las bienaventuranzas que Jesús proponía como camino a seguir por todos sus discípulos. El Espíritu guió a M. María Antonia y al P. Claret a descubrir y enamorarse de Cristo pobre, desprendido de todo y de todos. Vieron que la pobreza de Cristo hundía sus raíces en su filiación divina, Cristo no tuvo nada para sí mismo, no retuvo con avidez su ser igual a Dios, en amor al Padre se vació de su ser Dios, dejando que fuera el Padre quien obrase la obra de redención precisamente por su incondicional amor-obediencia (Flp 2,6-8). Precisamente este su ser todo del Padre hace que Cristo sea todo para todos, es el Hijo muy amado el que se entrega en amor incondicional, y amando así entrega su Espíritu, el que le une al Padre en amor indisoluble e insondable, a todos aquellos que le acogen en la fe y en

el amor. El Hijo, Jesús, tiene siempre su mirada en el Padre, se alimenta de la palabra que sale del Padre, hace lo que ve hacer al Padre, ama como el Padre ama (Jn 5,19-20). En este dinamismo de amor al Padre está el amor a los hermanos, a la humanidad entera, a quien el Hijo vino a traer el amor y la fidelidad del Padre. Nuestros Fundadores descubrieron su filiación, se sintieron hijos muy queridos de Dios-Padre, escucharon la voz del Padre que les llamaba *hijo, hija*, y se entregaron con radicalidad al amor del Padre, sin reservarse nada para ellos; al descubrir su filiación y se sintieron también hermanos de la humanidad. Si para Cristo la vivencia de la pobreza fue expresión de su ser-para-los-demás, de su entrega incondicional por amor (Flp 2,6), también la pobreza será la virtud por excelencia que los Fundadores practicarán y recomendarán.

En una de las cartas del P. Claret a M. María Antonia se ve con toda claridad la autenticidad de ambos en vivir y dar testimonio de la pobreza, ello en obediencia a lo que Dios quiere de ambos:

*Respecto a la santa pobreza sé muy bien lo que está dispuesto por los sagrados cánones de la Iglesia y lo que está mandado por las leyes del reino, pero esto por lo común y ordinario. Más lo que pasa en nosotros es un caso excepcional que Dios quiere... Dios quiere que se dé un público testimonio en favor de la pobreza. ... que reine en todo y por todo la santa pobreza, que es la virtud más amada de Jesús y de María.*²¹

Podemos preguntarnos, ¿por qué la pobreza y no otra virtud? Sencillamente porque amaban a Jesús de Nazaret, y quería ser como él. Jesús de Nazaret vivió en total desasimiento de todo lo que no fuera la voluntad del Padre; su identidad personal era vivir en dependencia absoluta del Padre, en vaciamiento de sí mismo, de su ser Hijo, para mostrar con su vida, no sólo con su palabra, que lo único verdadero y auténtico es aceptar incondicionalmente la dependencia de ser creaturas, depender de Aquel que creó al ser humano a su imagen y semejanza. Solo desde la aceptación de esta pobreza de ser

²¹ CO 213, 30 de enero de 1862.

criaturas dependientes se nos da la abundancia de todos los demás bienes. Es el vivir siendo hijos/as en el Hijo, es la perla preciosa que nos ha sido dado encontrar y por la que dejamos todo quedándonos desvalidos, necesitados de las riquezas que el Padre quiere darnos en abundancia.

La pobreza fue para nuestros Fundadores un modo de existir configurándose con Cristo pobre, el Hombre-para-los-demás, despojado de todo y todos para dejar que el Padre fuera su Dios y la humanidad su familia. M. María Antonia y el P. Claret se despojaron de sí mismos, aceptando vivir en radical dependencia del Padre, entregándose por entero a la obra que se les señalaba, esperando humildemente que el Espíritu del Señor obraría en ellos como había obrado en Cristo. Desde ese su vivir existencialmente despojados, vaciados de todo aquello que no fuera el Padre y viniera del Padre, vieron que solamente desde la pobreza podría ser anunciado y acogido el Evangelio. La pobreza material no era un fin en sí misma, era la traducción hacia fuera de la actitud existencial. Por amor a Cristo le siguieron adoptando su actitud fundamental de vaciamiento de sí, y con él se entregaron a anunciar el Reinado de Dios. Como Cristo vivieron la pobreza poniendo su confianza en el Padre. (Lc 12,22-34). Los evangelios nos presentan a Jesús de Nazaret itinerante, predicador incansable del Reinado de Dios, sin posesiones: El hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza (Mt.8,20).

Una nota que califica a ambos Fundadores, es su amor a la pobreza. Es un amor a la pobreza no por la pobreza en sí misma, sino porque Cristo, a quien amaban con todas sus fuerzas, con todo su corazón, vivió una pobreza radical, no por desprecio de las riquezas de este mundo, sino porque existencialmente aceptaba que su vida no era suya, sino que dependía radicalmente del Padre. En M. Maria Antonia y el P. Claret ser pobre no es algo accidental sino que constituye quienes son como discípulos de Cristo. Al contemplar a Cristo ven en él tipificadas las bienaventuranzas. Y desde la primera descubren como las demás siguen como consecuencia lógica. Cristo es el tipo del pobre, de la persona que reconoce su total y radical dependencia de su Creador, dejando que Dios obre en ella su reinado.

La pobreza en M. María Antonia es el eje central en su progresiva configuración con Cristo. Desde el origen de su vocación como fundadora, el Señor la hizo ver el valor de la pobreza como elemento primordial para la restauración de su Iglesia. Ser pobre, vivir en pobreza, es connatural al ser de M. Antonia. Bebe en la contemplación del Señor Crucificado la pobreza radical y absoluta del Hijo que cuelga de un madero, desprendido de todo y de todos. En el Crucificado la pobreza es tan radical que asusta. El Señor Crucificado es el abandonado del Padre, el abandonado por los suyos; los discípulos o bien se han escondido por miedo (Mc 14,50), o le han negado [como Pedro, Lc 22,54-62)]. Es el Crucificado que entrega a su Madre al discipulado amado y se queda solo, suspendido entre cielo y tierra (Jn 19,25-27). Y toda esta radical pobreza vivida por el Hijo de Dios es por amor; un amor que es real, un amor que se muestra en la autodonación más radical y absoluta, un amor que se hace principio vivificante para toda la humanidad. Este es el Cristo-Maestro, pobre, sufriente, amante, cuya cátedra está en la cruz desde la que enseña a M. María Antonia a vivir y actuar en la cruz, en el dolor, en la persecución y en la incompreensión. M. María Antonia considerará que sus bienes son la pobreza: *Mis bienes son la pobreza.*²² El vivir en este total desprendimiento de toda seguridad no tiene más razón de ser que el identificarse con Cristo:

*Esta virtud de la pobreza debe estar grabada en nuestros corazones como primera lección y último testamento de nuestro Redentor y de su Sanísima Madre.*²³

La pobreza que M. María Antonia vive no es una simple carencia de bienes. Vive la pobreza desde la radicalidad de su ser, se experimenta a sí misma como nada, como quien todo lo tiene recibido, su ser depende del Señor, es la experiencia de la bienaventuranza proclamada por Jesús al comenzar la predicación del Reino:

²² M. Antonia al P. Curríus en carta del 18 de noviembre de 1875.

²³ Const. del año 1870, cap. XL, 11.

*Bienaventurados los pobres,*²⁴ aquellos que se conocen a sí mismos en total dependencia de la voluntad de Dios, que se ponen bajo su protección y todo lo esperan de él.

Considerar la pobreza como elemento indispensable para que el anuncio del evangelio sea acogido es algo fundamental en el pensamiento de M. Antonia: *La pobreza es la llave maestra que abre los corazones.*²⁵

Cierra la M. Fundadora el relato de la experiencia fundante de la Orden Nueva que el Señor la llamaba a fundar, con una anotación sobre la pobreza.

*Desde esta visión tengo mucho amor a la pobreza evangélica (ya la amaba mucho antes), porque me dijo Nuestro Señor que la Santa Pobreza había de ser el fundamento de sus nuevos Apóstoles, y que por la falta de esta santa virtud ha venido a tierra toda la Religión.*²⁶

La Santa Pobreza es para nuestra M. Fundadora y para la Orden querida por Dios, el recordatorio permanente de su vocación y de su misión, y por lo mismo, de nuestra vocación como misioneras-apostólicas Claretianas

El P. Claret, desde el momento en que acogió la llamada de Dios a ser sacerdote- misionero-apostólico, optó libremente por vivir pobre como Jesús.

Me acordaba siempre que Jesús se había hecho pobre, que quiso nacer pobre, vivir pobremente y morir en la mayor pobreza. También me acordaba de María Santísima, que siempre quiso ser pobre. Y tenía presente además que los apóstoles lo dejaron todo para seguir a Jesucristo. Algunas veces, el Señor me hacía sentir los efectos de la pobreza, pero era por poco tiempo.

²⁴ M. Antonia en las Constituciones de 1862 pone como motivación de ser pobres la imitación de Cristo. *Grande debe ser esta virtud cuando el Señor la puso por primera en aquel hermoso sermón que hizo en el monte cuando dijo: Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos.* (Const. de 1862, Capítulo 2, 1).

²⁵ Cf. Const.1869, Trat. I, cap. 2, n. 84.

²⁶ Aut. MP # 11. *Escritos*, p. 61.

*Luego me consolaba con lo que necesitaba; y era tanta la alegría que sentía con la pobreza, que no gozan tanto los ricos con todas sus riquezas como gozaba yo con mi amadísima pobreza.*²⁷

El celo por la salvación de sus contemporáneos lleva al P. Claret a estudiar la situación de la sociedad de su tiempo; ve con toda claridad que las riquezas, los honores, el deseo de tener más y más, ha endurecido y secado el corazón de las personas y los ha hecho olvidar las enseñanzas del Evangelio. Ve con toda claridad que no cabe otra respuesta a ese afán desmedido de lucro personal, que la de ser pobre, vivir en desprendimiento de todo y de todos, esperándolo todo del Padre, como Jesús de Nazaret.²⁸ El P. Claret *nada tenía, nada quería y todo lo rehusaba.*²⁹ La contemplación y estudio de los evangelios le llevó a desear vivir como Jesucristo, haciendo cada día el camino de dejar al Espíritu que le fuera configurando con el Cristo pobre. *Nadie puede ser discípulo de Jesús sin que renuncie a todas las cosas.*³⁰ El seguimiento de Jesús tiene que ser radical, no cabe componenda alguna. La pobreza es un instrumento indispensable, fundamental, para que el anuncio del Evangelio pueda ser recibido.

*Este desprendimiento conocí que les causaba a todos grande impresión, y, por lo mismo, me esforzaba yo a sostener el punto que había tomado. Para animarme recordaba yo la doctrina de Jesucristo, que meditaba continuamente; singularmente aquellas palabras que dicen: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. - Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme.*³¹

Como buen misionero-apostólico, el P. Claret, desde el principio de entregarse a la misión de predicador de la Palabra a la que Dios le llamaba, eligió vivir en

²⁷ Aut.PC # 363.

²⁸ Ibid., # 356. (en los números 357-364).

²⁹ Ibid., # 357.

³⁰ Ibid., # 362.

³¹ Ibid., # 362.

pobreza, tanto material como espiritual. Esto lo descubrió contemplando la persona de Jesucristo.

El P. Claret tenía muy claro que *nadie puede ser discípulo de Jesús sin que renuncie a todas las cosas*.³². El seguimiento tiene que ser radical, no cabe componenda alguna.

3. Pobreza traducida en actitud obediencial al Padre

(Jesús) habiendo ofrecido en los años de su vida mortal oraciones y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que era poderoso para salvarle de la muerte, fue escuchado por su reverencial temor. Y aunque era Hijo, aprendió por sus padecimientos la obediencia. (Heb 5,7-8)

La obediencia tiene su origen en Jesucristo, el Hijo de Dios, el enviado por el Padre para llevar a cabo la obra de la redención. Desde el principio, en los designios eternos de Dios está el ofrecimiento hecho a todas sus criaturas a vivir su existencia en comunión con Él. El Verbo, la Palabra eterna, por quien todo fue creado (Jn 1,3.10) se ofrece para entrar en nuestro mundo trayendo la oferta de salvación, la posibilidad de restablecer la amistad perdida. Viene a hacer la voluntad del Padre (Jn 4,34) que no es otra que restablecer la comunión entre Dios y sus criaturas.

En la Instrucción *El servicio de autoridad y la obediencia*,³³ se vuelve a repetir que Jesucristo es el obediente por excelencia. En él “todo es escucha y acogida del Padre (cf. Jn 8,28-29); toda su vida terrena es expresión y continuación de cuanto el Verbo hace desde toda la eternidad: dejarse amar por el Padre, acoger su amor de forma incondicionada, hasta el punto de no hacer nada por sí mismo (cf. Jn 8, 28),

³² Ibid., # 362.

³³ *El Servicio de la autoridad y obediencia*, Instrucción de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, dada en Roma el 11 de Mayo del 2008.

sino hacer en todo momento lo que le agrada al Padre. La voluntad del Padre es el alimento que sostiene a Jesús en su obra (Jn 4, 34) y consigue para Él y para nosotros la sobreabundancia de la resurrección, la alegría luminosa de entrar en el corazón mismo de Dios, en la dichosa multitud de sus hijos (cf. Jn 1, 12). Por esta obediencia de Jesús «todos son constituidos justos» (Rm 5, 19).”³⁴

Esta Instrucción define al cristiano como un ser obediente: “A ejemplo de Cristo, el cristiano se define como un ser obediente. La primacía indiscutible del amor en la vida cristiana no puede hacernos olvidar que ese amor ha conseguido un rostro y un nombre en Cristo Jesús y se ha convertido en Obediencia. En consecuencia, la obediencia no es humillación sino verdad sobre la cual se construye y realiza la plenitud del hombre. Por eso el creyente desea cumplir la voluntad del Padre de forma tan intensa que esto se convierte en su aspiración suprema. Igual que Jesús, él quiere vivir de esta voluntad. A imitación de Cristo y aprendiendo de Él, con gesto de suprema libertad y confianza sin condiciones, la persona consagrada ha puesto su voluntad en las manos del Padre para ofrecerle un sacrificio perfecto y agradable (cf. Rm 12, 1).”³⁵

Pasemos a reflexionar estas afirmaciones a la luz de la vivencia de nuestros Fundadores. Ambos se caracterizan por tener una espiritualidad obediencial. La obediencia de Cristo es una obediencia liberadora, no es una obediencia servil, es la obediencia del Hijo. En hacer la voluntad del Padre Jesús encontró su gozo y alegría.

Nuestros Fundadores vivieron la obediencia en configuración con la obediencia filial de Cristo Jesús, la vieron como obediencia de hijos al Padre a quien amaron por encima de todo otro amor. Pudieron vivir su total dependencia del Padre porque pusieron sus ojos en el Padre, como Jesús, que no vino a hacer su voluntad sino la voluntad del Padre que le había enviado (Jn 6,38).

³⁴ Ibid., # 8

³⁵ Ibid., # 8

En M. María Antonia descubrimos la vivencia de la obediencia como forma particular de seguimiento de Jesucristo. Ella aprende la obediencia a los pies de Cristo Crucificado, en la relación de intimidad con él. La actitud fundamental en M. María Antonia es la de hacer la voluntad de Dios, como Jesús de Nazaret. Cuando el Señor le pone en su corazón la Santa Ley los Consejos Evangélicos, y le hace ver que no se cumplen, ella con toda ingenuidad y confianza pregunta qué quiere el Señor que ella haga para remediar tantos males. La respuesta que recibe del Señor es que ella comience una Orden nueva, no en la doctrina sino en la práctica.³⁶ Conocida la voluntad de Dios, M. María Antonia se entrega incondicionalmente a ella, sin poner objeción alguna:

Esta voluntad me ha dado Nuestro Señor que en conociendo el querer de Dios ninguna dificultad se me ofrece.³⁷ Esta confianza puso Dios en mi corazón desde que empecé a servirle, y siempre he tenido continuamente delante de mis ojos al Señor, persuadidísima de que está siempre a mi lado para sostenerme.³⁸

Desde la contemplación prolongada del Señor Crucificado M. María Antonia comprendió que la obediencia era camino de configuración con el Cristo obediente pendiente del madero. El Maestro de M. María Antonia fue el Crucificado, a sus pies, como discípula amante, aprendió a obedecer y a seguir el plan que Dios-Padre tenía designado que ella llevase a cabo. Al igual que Cristo, aprendió lo que era la obediencia en el dolor, fiada de que quien la guiaba era el Espíritu del Señor en la cruz. Se resiste a escribir las gracias que Dios le hace en la oración, y lo hace obedeciendo a su confesor.

Obedecer al plan de Dios nunca es fácil. Sabemos, por lo que M. María Antonia ha dicho en sus escritos que ella siempre quiso ser religiosa, y cuando este deseo puede llegar a ser una realidad, entonces se encuentra con que tiene que

³⁶ Cf. Aut. MP # 3-7. *Escritos* pp. 57-59.

³⁷ Aut. MP # 7. *Escritos*, p. 59.

³⁸ Aut. MP # 135. *Escritos*, pp. 118-119,

tomar una decisión: salir de su convento para estar libre y poder fundar la Orden que el Señor la ha comunicado que quiere que ella comience, o quedarse y olvidarse del plan de Dios. En obediencia a ese mismo Espíritu, sale de la Compañía de María, tiene que morir a sus deseos de consagrarse al Señor y salir del convento, sin ninguna garantía, sólo fiada de que el Señor, en su momento hablará. M. María Antonia vive una obediencia ciega, una obediencia crucificante, una obediencia oscura, esperando contra toda esperanza que lo que Dios quería se realizaría. A ella le correspondía obedecer, fiarse, apoyarse en el Dios que la afirmaba y le daba fuerzas para continuar un camino que desconocía, y que tuvo que recorrer en oscuridad. Esta obediencia fue fructífera; Dios estaba escribiendo nuestra historia a través de la obediencia filial de M. Antonia. En este momento se encuentra totalmente sola, su confesor no se atreve a aconsejarla, se consulta a un experto sacerdote, que tampoco se decide a darle un consejo concreto. Se escribe al P. Claret, por entonces ya en Cuba, y no hay respuesta. Tampoco el Señor le dice una palabra. M. María Antonia nos dice que el Señor *me quiso hacer probar en esta ocasión lo sumo de la aflicción.*³⁹ El silencio de Dios lo interpreta M. María Antonia como una prueba que Dios la puso para ver si de verdad se fiaba de él. Ella acepta ese silencio de Dios, lo único que sabe decir es *cúmplase, Señor, Vuestra Divina Voluntad.*⁴⁰

El P. Claret tenía como norma el obedecer a sus superiores inmediatos. El fuego del evangelio abrasaba sus entrañas, al igual que la fuerza de la palabra ardía en el corazón de los profetas (Jer 15,16c, 20,9; Am 3,8), sin embargo, no iba a ningún lugar a predicar si no era enviado con la bendición de su prelado, de quien dependía al ser sacerdote diocesano. Así como Jesús, la Palabra existente en el seno de la Trinidad se ofreció para ser enviada, así el misionero debe ofrecerse, y esperar a ser enviado. El P. Claret así lo entendió y así lo vivió.

Esta necesidad de ser enviado y que el Prelado mismo me señalara el lugar, es lo que Dios me dio a conocer desde el principio. Y así es que, aunque los

³⁹ Aut. MP # 100. *Escritos*, p. 104.

⁴⁰ Aut. MP # 106. *Escritos*, p. 107.

*pueblos a que me enviaba eran muy malos y estaban desmoralizados, siempre se hacía grande fruto, porque Dios me enviaba, los disponía y preparaba. Y así tengan entendido los misioneros que sin la obediencia no vayan a ninguna población, por buena que sea; pero con la obediencia no tengan reparo en ir a cualquier población, por mala que sea. Por dificultades que se presenten, por persecuciones que se levanten, no teman; Dios los ha enviado por la obediencia; Él cuidará.*⁴¹

La predicación apostólica no es independiente de lo que el apóstol vive. Se da una unidad perfecta entre el ser y el hacer. El apóstol no hace sino lo que ha visto hacer al Maestro que le envía. Los evangelios nos presentan a Jesús viviendo pendiente del Padre, siempre atento a la voluntad del Padre para llevarla a cabo. Jesús hace lo que ve hacer al Padre, actúa de acuerdo con lo que ve actuar al Padre (cf. Jn) El P. Claret, misionero-apostólico, imita a Cristo; lo que dice al misionero, es lo que él vive: primero el misionero hace, practica lo que va a enseñar.

*A imitación de Jesucristo (el misionero), ha de empezar por hacer y practicar, y después enseñar. Coepit facere et docere. Con las obras ha de poder decir lo del Apóstol: Imitadme a mí, así como yo imito a Cristo. Imitatores mei estote, sicut et ego Christi.*⁴²

Para Claret la imitación de Cristo supone seguirle incondicionalmente, por eso las virtudes que practica no son sino modos concretos de irse configurando con el Maestro. El ejercitarse en la práctica de la virtud no es por la virtud en sí misma, sino porque la virtud es camino de identificación, de configuración con Cristo.

*Humildad, obediencia, mansedumbre y caridad; estas virtudes brillan singularmente en la Cruz y en el Santísimo Sacramento del altar. ¡Oh Jesús mío, haced que os imite!*⁴³

⁴¹ Aut. PC # 198.

⁴² Aut. PC # 340.

⁴³ Aut. PC # 428.

4. Cristo establece comunión de vida con él y entre los que le siguen

En su progresiva configuración con Cristo, tanto M. María Antonia como el P. Claret fueron guiados por el Espíritu a descubrir que la fe no era algo a vivir individualmente sino a compartir, a vivirla en comunión de vida. Jesús de Nazaret vivió en comunión de vida fraterna con sus discípulos; fue el predicador itinerante que reunió en torno suyo a un grupo de hombres para que estuvieran con él, para enseñarles, y enviarles (Mc 3,13-14). En el seguimiento de Jesús al que los Fundadores fueron llamados tiene una gran importancia el hecho de que fueron llamados a vivir en fraternidad, en comunión de vida, fueron llamados a formar familias religiosas que fuera testigos de un estilo de vida en el que la vida en comunión, en pobreza y obediencia, fuera el lugar desde donde se partiese para llevar a cabo la tarea común de predicar el Evangelio.

Para M. María Antonia la comunidad religiosa en la “Orden Nueva” es una familia en la que todas las que la formen han de tener un mismo sentir y un mismo querer. En una carta que M. María Antonia dirigía al Obispo Claret le decía: *La caridad nos hace una sola familia y un sólo corazón como quiere el Señor de nosotras.*⁴⁴ Y en las Constituciones de 1869 ponía como base del Instituto tener *una perfecta caridad y una fina armonía en el vivir como los miembros de un mismo cuerpo.*⁴⁵

Claret se fijó en esta faceta del Maestro y también buscó a hombres que tuvieran el mismo ideal y carisma que el Espíritu le había dado. Así, buscó y entusiasmó a otros sacerdotes diocesanos a entregarse a la predicación en los pueblos y lugares a los que fueran llamados, dando origen a la Congregación de los Hijos del Inmaculado Corazón de María. Tuvo que abandonar y dejar este proyecto en manos

⁴⁴ Carta de M. Antonia al Obispo de Cuba el 30-9-1877. Esta afirmación también se encuentra en el Testamento espiritual de M. Antonia. (*Escritos*, pp717-718).

⁴⁵ En las Constituciones de 1869, Tratado Primero, capítulo 1, n. 1, M. Antonia pone a la base de esta Orden Nueva el principio de la comunión entre todos sus miembros.

de la divina providencia en un estado incipiente al tener que aceptar en obediencia el nombramiento como Arzobispo de Santiago de Cuba. Pero en Cuba con sus colaboradores formó una familia, todos con un mismo ideal: la evangelización de la isla y la renovación de la Iglesia local. El P. Lozano dice que el P. Claret creyó necesario que tuvieran comunidad de vida para poder mejor hermanarse en el espíritu.⁴⁶

5. “Mirarán al que traspasaron”

La Configuración con Cristo perseguido, humillado, vilipendiado, traicionado, crucificado está a la base de la espiritualidad y del carisma Claretiano-Parisino, esta configuración brota de la contemplación del Crucificado. Contemplar a Cristo en la cruz, es mirar amorosamente al Maestro que se entrega en amor incondicional al Padre por toda la humanidad. Teniendo sus ojos y corazón fijos en Cristo crucificado nuestros Fundadores sienten la urgencia de amar como él, amar sin medida, entregarse hasta derramar toda su sangre; quieren estar desposeídos de todo y de todos, quieren entregarse como el Maestro, quieren vivir la vida siendo para-los-demás, se sienten impulsados a entregarse con mayor dedicación, siempre más y más, con un mayor olvido de sí mismos, esperándolo todo del Padre.

La autodonación en obediencia filial del Hijo al Padre está bien narrada por los evangelios sinópticos y por el evangelio según San Juan. En el relato de los evangelios sinópticos Jesús celebra con los suyos la Cena Pascual, y en ella anticipa su entrega en la cruz. Librementemente Jesús toma el pan luego el vino y en ellos se entrega él mismo para ser comido y bebido, y les dice que hagan lo mismo que él, el Maestro, ha hecho con ellos. Lo que Jesús de Nazaret ha hecho ha sido anticipar su muerte para la salvación de toda la humanidad. En el camino de la Pasión, en su crucifixión y muerte, Jesús es llevado, es apaleado, insultado, despojado de su dignidad de hombre,

⁴⁶J. M. Lozano. *Una Vida al Servicio del Evangelio. Antonio María Claret*. Barcelona: Editorial Claret, 1985p p. 224-229.

y padece la muerte, una muerte ignominiosa por todos. Jesús, en la última cena, en los sinópticos se presenta como hombre libre que toma en sus manos su vida y la entrega libremente. Lo que sucede después, nos presenta a Jesús que ha perdido su libertad y se deja hacer.

M. María Antonia Paris es enseñada por el Señor Crucificado. En la cátedra de la cruz, Jesús muestra a M. María Antonia el sentido profundo de la persecución que la Iglesia sufre, y la misión que quiere que ella lleve a cabo.

*He visto su divino rostro algunas veces, y toda su Sagrada Humanidad, y siempre rompiéndome las entrañas del más vivo dolor, porque nunca le he visto glorioso, sino siempre paciente, padeciendo los más atroces tormentos hasta querer ahogar aquel sagrado corazón en su santísimo pecho.*⁴⁷

Ante Cristo Crucificado desahoga su corazón, a él le presenta y ruega por las necesidades de la Iglesia. Al ofrecerse ella en satisfacción de tantos males, el Maestro le muestra lo que quiere de ella: que guarde su Santísima Ley los Consejos Evangélicos, con toda perfección.⁴⁸ Ella nos dice que nunca había leído los Evangelios, ni la Sagrada Escritura, y cuando pudo hacerlo se dio cuenta que en ello encontraba lo que el Señor le había mostrado: *Me lo enseñó el Señor desde el árbol de la cruz.*⁴⁹

La vida de M. María Antonia se desarrolla en medio de grandes sufrimientos, físicos y espirituales. No fue comprendida por obispos amigos, por confesores, se dijo de ella que era una visionaria, que sus experiencias no eran auténticas. Dos de las hermanas que fueron pilares con ella en la formación de la Orden Nueva se volvieron contra ella, la calumniaron, la abandonaron. Y M. María Antonia se dejó crucificar con el Maestro Crucificado. Vio en todo la mano providencial del Padre, se entregó

⁴⁷ Aut. MP # 14. *Escritos*, p. 62.

⁴⁸ Aut. MP # 2-3. *Escritos*, pp. 56-57.

⁴⁹ Aut. MP # 5. *Escritos*, p58.

confiadamente sabiendo que la obra de Dios se llevaría a cabo no por ella sino por Aquel que la había llamado a ser instrumento suyo.

El P. Claret también tuvo que hacer frente en su vida a la persecución, a las calumnias, fue perseguido, calumniado, llegó al final de su vida desposeído de todo y de todos. Murió como Jesús de Nazaret, en soledad, lleno de confianza inquebrantable en Aquel que había ido acompañando todo su peregrinar, todo su hacer. El P. Lozano, en su libro *Un Místico de la Acción*, hace este comentario:

(Claret) no moriría mártir, a pesar de haberlo deseado tan ardientemente. Pero moriría abandonado, escondido en la enfermería de un monasterio. Y en ello vio realizados los deseos de toda su vida. Se lo dijo expresamente al P. Marie-Jean, abad de Fontfroide, que intentaba consolarlo en su abandono: Mais, mon Père, je n'ai nul besoin de consolation, car tout ce que j'ai désiré pendant ma vie ça a été de finir mes jours dans un hôpital ou dans un monastère.⁵⁰

6. Cristo Eucarístico

No podemos terminar esta monografía sobre el cristocentrismo de nuestros fundadores sin hacer referencia al amor a Cristo presente en la Eucaristía. Ambos Fundadores, tuvieron un amor especial a la Eucaristía, en ella encontraron el pan que alimentaba su amor y entrega al servicio del evangelio. La devoción a la Eucaristía, su recibir a Cristo Jesús en ella, obró en ellos el ser eucaristía para aquellos que encontraron en su peregrinar hasta regresar a la casa del Padre. En ambos Fundadores su encuentro con Cristo Eucaristía les llevo a hacerse ellos mismos eucaristía para los demás. No fue una simple devoción alimentada con oraciones o alabanzas al Señor presente en el Sagrario. Su contemplación de la presencia de Cristo en la Eucaristía les llevo a irse haciéndose ellos mismos eucaristía para los demás. Se convirtieron en

⁵⁰ Juan María Lozano, CMF. *Un místico de la acción. San Antonio María Claret*. Barcelona: Editorial Claret, 1983, p. 418.

pan para los demás, sus vidas se eucaristizaron, con Cristo se hicieron ofrenda de acción de gracias al Padre al tiempo que se entregaban en servicio generoso e incondicional a las necesidades que encontraban en su caminar de cada día como evangelizadores de la Palabra hecha carne. Como Jesús, ellos tomaron en sus manos el pan de sus vidas, dieron gracias a Dios, y la partieron, se hicieron comida que alimentara a otros. Para M. María Antonia Paris y el P. Claret la devoción a la Eucaristía fue constitutivo de su identidad y configuración con Cristo, de sus ser apóstoles-misioneros.

Cuando M. María Antonia relata la experiencia que el Señor la regaló el día de su profesión religiosa, en ella nos deja entrever el misterio eucarístico que le fue dado experimentar:

Y me pagó con tanta gracia el haber esperado por tantos años este sagrado desposorio que quiso su Majestad celebrarlo por ocho días seguidos conservando las especies sacramentales de una comunión para otra, gracia que me tenía el alma como fuera de mí y parecía que tenía su asiento o morada en el centro del Corazón Sagrado de mi Dios y Señor. Digo en el centro del Corazón de mi Dios, porque no me parecía que estaba Dios en mi corazón sino que vi cómo toda yo en cuerpo y alma estaba metida dentro del Sagrado Corazón de mi Dios y Señor.⁵¹

En su *Diario*, M. María Antonia vuelve a referir esta tan especial gracia. Ella misma nos da la fecha de cuando ocurrió (el 23 de febrero de 1868). La cita es un poco larga, pero me parece importante el que podamos leerla en este momento, sin necesidad de acudir al *Diario*.⁵²

Después de haber comulgado me vino un grandísimo recogimiento con mucha copia de lágrimas por reconocer mi indignidad, y dije a Nuestro Señor: «¡Ay

⁵¹ Relación a Caixal, # 9. *Escritos*, p. 172.

⁵² Diario # 100. *Escritos*, pp. 277-280.

amantísimo Redentor mío, yo la más indigna de todas estas vuestras esposas he tenido la dicha de recibiros y ellas no!» Entonces como que Nuestro Señor me tomara la palabra de la boca me dijo: «Sí, hoy estaré sacramentado todo el día en tu pecho conservando las especies sacramentales en premio de las adoraciones que me has ofrecido, descansando en él con tanto gusto como descansaba en los brazos de mi Madre; tanto me gusta que intercedas por los pobrecitos pecadores». En aquel mismo momento me sentí en el corazón una sensación nueva nunca oída.

Ella misma, nos da una explicación de lo que representaba para ella esa sensación. Continúa su relato de esta especialísima gracia y escribe:

Los efectos de esta sensación yo no sé cómo explicarlos; porque a mi modo de entender son más para sentir que para expresar: porque lo que pasa entre Dios y el alma la criatura no puede expresar: no obstante para cumplir la obediencia de mis directores diré con toda sencillez lo que con la divina gracia podré expresar:

Lo primero que sentí en la primera sensación del corazón fue un profundísimo conocimiento de mi indignidad delante de la Majestad de Dios, que desde aquel momento lo miré real y verdaderamente en mi corazón, este profundísimo conocimiento de mi indignidad me avivaba la fe de mi Dios real en mi corazón y esta certidumbre me hizo derramar una lluvia de lágrimas todo el día, de pura confusión mía, sin poder hacer otra cosa que humillarme delante de mi Señor: ¡Y qué mucho si traía la misma humildad en mi corazón!!!...

El corazón me parecía que estaba dentro de un baño de un preciosísimo licor, y la sensación que sentía entendí (me parecía) que se estaba bañando con la preciosísima Sangre de mi Señor: ¡oh amor sin medida de mi Dios!, si tales

finezas obráis con esta vilísima criatura vuestra, que aun no sabe corresponder a vuestros beneficios, ¿qué haréis con aquellas almas tan agradecidas?

En el mismo punto empecé a sentir esta sensación en el corazón sentí (como que) llevaba una preciosísima joya en medio del pecho de infinito valor.

La experiencia la duró todo el día.

No acabaron aquí las finezas de mi Señor, sino que deseoso de comunicarse a esta vilísima criatura me hizo sentir todo el día su presencia corporal de un modo particular respondiéndome a mis dudas y consolándome en mi pena del modo que diré.

M. María Antonia en medio de esta profunda y especialísima experiencia eucarística, sigue atada a las adoraciones que había prometido hacer al Señor. Quiere cumplir al Señor lo que le había prometido. No está tranquila porque le falta terminar el número de adoraciones prometidas. Por eso espera el momento del día en que ella sabe que en el coro de la iglesia no habrá nadie para ir ante el Sagrario y terminar el ofrecimiento que había hecho al Señor. Ella no ha acabado de comprender la gracia que le ha sido dada. Y es el Señor quien vuelve nuevamente a enseñarla, aclarándole sus dudas; no es cuestión de decir muchas oraciones hechas, sino de acoger el Misterio, de acoger el don. No es necesario que vaya ante el Sagrario, las puede hacer en su celda:

A media mañana estaba recogida en mi aposento aguardando que no hubiese nadie en el coro para ir a ofrecer a mis a ofrecer a Su Divina Majestad las adoraciones que le había ofrecido, y djome Nuestro Señor «¿por qué temes hacerlas aquí, si tú hoy eres relicario que me traes Sacramentado?» ¡Ah!, a estas palabras me deshacía en llanto! ¡Me levanté! ¡me arrodillé! y me postré aniquilándome entonces ahora más que nunca diciendo a mi Señor: «Yo, Señor!!! Vaso de barro e indignación!»

M. María Antonia se había trazado un plan de mortificación en las comidas. Puesto que su corazón rebosa de la presencia del Señor Eucaristía, piensa que es mejor no comer nada, ya tiene el alimentado que da el Pan de Vida.

A mediodía al ponerme a la mesa exclamé llena de admiración: «¡cómo tomaré, Señor mío, alimento teniendo en mi corazón al Autor de la Vida!» Entonces díjome mi Señor: «Mi Madre también comió».

Nuevamente se ha confundido, no se trata de ser fiel al propio plan de mortificación sino de acoger el don. El Señor, el Maestro, toma esta ocasión para enseñar a su fiel discípula. Su enseñanza es clara, es mejor la obediencia que cualquier acto de auto-negación.

En esto entendí que Su Majestad quería que tomase algún alimento, y tomé un poco de sopa muy medida, porque mi comida era estar con mi Señor: mas viendo una de mis hermanas que no comía, se levantó de la mesa para ir a buscar alguna cosa más apetitosa, porque yo estaba enferma aquellos días y casi no comía nada, y viendo yo que sería en vano, la hice señas tirando un poquito del hábito por no interrumpir el silencio de la mesa, pero no queriendo ella ceder tiré un poco más, pero con tanta quietud de ánimo que no me inmuté en lo más mínimo, más al momento dejé de sentir aquella dulcísima sensación del corazón. En esto quedé con grandísima pena, no tanto por dejar de sentir aquel nunca bastante ponderado gozo del alma, porque bien conocía yo que se daba a quien tan indigna era de tan alto beneficio, sino que toda mi pena era por pensar si tal vez había disgustado a mi Señor en el mismo tiempo en que estaba obrando en mí un tan alto beneficio, mas esta pena tampoco sé explicar cómo fue, porque todo fue extraordinario en aquel día, porque sentía la pena con grande sosiego de ánimo, sin dejar de sentir el gozo de mi Señor dentro del corazón, y a la hora de vísperas díjome mi Señor: «No te angusties hija que

dentro de tu corazón estaré todo el día, pero no me sentirás como hasta aquí, para que sepas que un pequeño movimiento de menos dulcedumbre en ti inquieta mi reposo en tu corazón: esto convenía así para darte una lección de tanta dulcedumbre como hay en el mío».

Después continué toda la tarde sin poder hacer otra cosa que adorar a mi Señor dentro de mí hasta ponerse el sol; y entonces díjome mi Señor: «Ahora puedes hacer tus devociones particulares ». Y dicho esto quedé en mi recogimiento natural, dejando de sentir la preciosísima joya que todo el día había llevado en mi pecho, porque aunque desde mediodía dejé de sentir las sensaciones del corazón pero no dejé de sentir la riquísima joya que llevaba en mi pecho.

La presencia Eucarística durante todo el día se vuelve a repetir por tres días consecutivos.

Después me duró tres días como que cada día en las comuniones se me renovara la gracia, y no sabía cómo menearme porque me parecía que mi cuerpo todo era una cosa sagrada y otros efectos tan santos que aún ahora me basta recordarlos para apartar las tentaciones.

Es bueno aclarar aquí que la devoción a la Eucaristía es en M. María Antonia expresión de su contemplación del misterio de Cristo Crucificado hecho pan y alimento para dar vida a sus discípulos. En ella no se trata de quedarse en contemplación-adoración al margen de toda realidad, sino que es contemplación-alimento para vivir en entrega incondicional al servicio de la Palabra hecha carne, para vivir el Evangelio. M. María Antonia es consciente de que el simple recitar oraciones (sujetarse a ciertas devociones) no es el camino del seguimiento. En una carta, al tratar de la devoción a María Santísima, ella explica que la autentica

devoción mariana es aquella que lleva a cumplir los mandamientos del Señor (carta n. 428 sobre la devoción a la virgen)

M. María Antonia y el P. Claret fueron dos almas gemelas, dos almas a quienes el Señor unió para llevar a cabo la misión eclesial y apostólica.

La Eucaristía tiene un lugar central en la espiritualidad del P. Claret, es el hombre eucarístico que se pasa en oración horas y horas ante el Señor Resucitado presente en la Eucaristía. El Cristo Eucarístico es el Hijo que da gracias al Padre por todo cuanto sucede en su vida, que toma su vida en sus manos y la ofrece, la entrega incondicionalmente. La acción de gracias que Jesús hace en la Eucaristía, en la última cena, no es sino el punto culminante de una existencia vivida en actitud de comunión íntima con el Padre.

Al reflexionar y contemplar el misterio de la Eucaristía, el P. Claret vio las virtudes que manaban de ella: *humildad, obediencia, mansedumbre y caridad*.⁵³ Por eso le pide al Señor poder imitarle.

La misma gracia que le fue dada a M. María Antonia en dos momentos de su vida, le es dada al P. Claret el 26 de Agosto de 1861, en La Granja, Madrid. El P. Claret nos dice que esta gracia le fue concedida de modo continuo. Gracia recibida gratuitamente, no por sus méritos, sino por donación benevolente del Señor a su apóstol.

En el día 26 de agosto de 1861, hallándome en oración en la Iglesia del Rosario, en La Granja, a las 7 de la tarde, el Señor me concedió la gracia grande de la conservación de las especies sacramentales y tener siempre, día y noche, el Santísimo Sacramento en el pecho; por lo mismo, yo siempre debo estar muy recogido y devoto interiormente; y además debo orar y hacer frente a todos los males de España, como así me lo ha dicho el Señor. Al efecto me ha traído a la

⁵³ Aut. PC # 428.

memoria una porción de cosas: cómo sin mérito, sin talento, sin empeño de personas, me ha subido de lo más bajo de la plebe al puesto más encumbrado, al lado de los reyes de la tierra; y ahora al lado del Rey del cielo... Glorificate et portate Deum in corpore vestro. 1Cor VI.20.⁵⁴

La fe y el amor a la Eucaristía están engranados en el espíritu del P. Claret. Pasa el tiempo ante el Santísimo Sacramento en oración. El Señor presente en la Eucaristía le atrae como un imán irresistible, y el P. Claret no opone resistencia alguna.

Delante del Santísimo Sacramento siento una fe tan viva, que no lo puedo explicar. Casi se me hace sensible, y estoy continuamente besando sus llagas y quedo, finalmente, abrazado con él. Siempre tengo que separarme y arrancarme con violencia de su divina presencia cuando llega la hora.⁵⁵

En ambos fundadores, en M. María Antonia y en el P. Claret descubrimos que este amor a la Eucaristía nutre su ser y su hacer. La contemplación del misterio eucarístico es fuente y alimento para que en sus vidas imiten y sigan el camino de amor incondicional emprendido por Jesús, el Maestro que mostró a sus discípulos que Él daba su vida en servicio, que se entregaba hasta la donación total de sí mismo para mostrar que el amor auténtico no tiene límites. Cristo Jesús, presente en la eucaristía, les urgía a dar la vida como Él mismo la había dado. Ellos así lo entendieron, y las gracias Eucarísticas que recibieron les fortaleció en su entrega y en su continuar identificándose con su Señor.

III. VISION DE CONJUNTO

Al final de esta pequeña semblanza cristológica de nuestros Fundadores, M. María Antonia Paris y San Antonio María Claret quiero señalar lo que a mi entender

⁵⁴ Aut. PC # 694.

⁵⁵ Aut. PC # 767.

es el centro de la espiritualidad de ambos fundadores: la centralidad de su amor a Cristo, un amor que les ha sido dado gratuitamente, que lo han encontrado en sus corazones, y al que se han entregado incondicionalmente. Como a San Pablo, a ellos les fue dada la revelación de quién es Cristo Jesús, fue una revelación gratuita, implantada en sus corazones desde antes que fueran concebidos en el seno materno, desde antes de su nacimiento fueron elegidos para ser profetas del Reino, proclamadores de la Palabra que en ellos se había hecho carne.

En ambos Fundadores se da una intrínseca unión entre su ser y su hacer. Cuando M. María Antonia recomienda a sus hijas unir la acción con la contemplación, no lo hace por estar influenciada por el lema de S. Ignacio de Loyola, sino que esta recomendación nace del centro de su propio ser, de quién es ella misma. En la contemplación de Cristo Jesús, el Señor crucificado, expresión del amor insondable y desbordante que el Padre tiene a la Humanidad, ella recibe, y es alimentada en su amor por la Iglesia de Jesucristo y por toda la Humanidad. El corazón de Cristo Jesús hace su morada en el corazón de M. María Antonia y en ella sigue sufriendo por su cuerpo que es la Iglesia.

La dimensión apostólica en M. Antonia, como en el P. Claret, es resultado de la íntima unión que vive con Cristo. No se puede separar su ser, lo que la identifica como M. Antonia, de su ser llamada por el Señor a fundar en su iglesia una orden nueva, no en la teoría sino en la práctica, esto es, en la vivencia radical de los consejos evangélicos. Su hacer nace de su ser, y su ser se alimenta y crece en su hacer.

M. María Antonia sufre con Cristo y en Cristo por su cuerpo que es la Iglesia. Responde al llamado que recibe entregándose sin condiciones, arriesgando su vida, sus sueños; se abandona incondicionalmente en fe obediencial a la voluntad y el querer del Padre que le viene revelado en el Cristo crucificado. Su amor a la Iglesia es participación en el amor de Cristo por su Iglesia, por eso es constitutivo de su ser

apóstol, de su ser fundadora de una orden nueva que se ha de caracterizar por vivir desde una experiencia ese encuentro con Cristo, cuyo ser es ser-para-los-demás.

Su amor a la pobreza no es sino expresión de su amor a Jesús, el Crucificado, el abandonado de todos, el desposeído de todo y de todos, el que ha vivido en obediencia radical al Padre. Ella no tiene más bienes que la pobreza de su Señor, y desde esa radical e incondicional pobreza que se expresa en una entrega abandonada y confiada en Aquel que la llama, vive su existencia de cada día. Ser pobre, es vivir la vida entregada sin buscar seguridades en nada ni en nadie. Su único bien es el Señor.

M. María Antonia se va haciendo pobre, obediente, día a día, en la contemplación del Señor Crucificado. Es discípula, a los pies de su Maestro, que se deja enseñar, corregir, animar,... Conociendo la voluntad del Señor no hay obstáculo ni dificultad que no se atreva a sobrepasar, nada le arredra.

Su riqueza es el Señor, guarda en su corazón humildemente las gracias que recibe de su Señor. Su intimidad con Jesús, es algo tan sagrado que cuando su confesor le pide que escriba lo que va experimentando en esa intimidad, ella se resiste. Vence su repugnancia natural a hacerlo cuando se le manda hacerlo en santa obediencia.

Su amor al Señor va siendo alimentado no sólo en la contemplación del Señor Crucificado, el Maestro que enseña a su discípula amada, sino también en el Señor presente en la Eucaristía. La Eucaristía es para M. María Antonia el sacramento del amor, en ella el Señor sigue acompañando a su Iglesia, a sus discípulos. Es en la Eucaristía que M. María Antonia recibe fortaleza para seguir el camino recorrido por su Señor. En la Cruz y en la Eucaristía M. María Antonia aprende y vive la mansedumbre y humildad propias de su Señor.

M. María Antonia es mujer que vive las bienaventuranzas proclamadas por Jesús en el sermón del monte. Las vive porque han quedado impresas en su corazón

al recibir las Escrituras en una visión. Ella vive la Alianza nueva y eterna, no necesita que nadie se la enseñe porque su Señor es quien la ha sellado en su corazón.

La comunión fraterna que M. María Antonia quería se diera entre todas las casas y entre todas hijas es fruto de su vivir en Cristo. Así como Cristo vive en el Padre en comunión con el Espíritu, así también M. María Antonia veía que el vínculo que debería existir entre todas las llamadas a formar esta familia sería el amor, la comunión fraterna, expresada no sólo en una comunión de bienes sino en un compartir talentos, posibilidades, gozos, sufrimientos, salud, enfermedad,... Esta comunión de vida entre todas será un signo de la comunión de la Iglesia.

Propuestas/Sugerencias para un trabajo personal y/o comunitario

Lectio Divina

1. Lectio

Lectura de la experiencia fundante del encuentro con el Señor de M. María Antonia.

AÑO 1842. Estando una noche en oración rogando intensamente a Cristo Crucificado remediara las necesidades de la Santa Iglesia, que en aquella ocasión eran muchas, pues tanto le había costado, le ofrecí mi vida en sacrificio como otras veces había hecho, bien persuadida que no era de ningún valor mi vida para satisfacer tantos males; pero como no tenía virtudes en mí para ofrecerle, le suplicaba se dignara enseñarme lo que había de hacer para darle gusto y gloria cumpliendo su santísima voluntad.

En esta petición, que según después he conocido, fue muy del agrado de Su Divina Majestad por ser hecha con tanta sencillez y buena voluntad, se dignó Nuestro Señor enseñarme con mucho agrado el modo con que quería ser servido de esta ingrata criatura; y fue este modo ponerme a la vista la guarda de su Santísima Ley y Consejos Evangélicos, y me dijo quería los guardare con toda perfección; y me dijo con grande pena que no tenía en su Casa quien los guardare por lo mucho que habían degenerado todas las Órdenes Religiosas en la guarda de sus santas leyes y que por esto permitía su destrucción con grandísimo dolor.

Yo me espanté mucho en esto, porque hasta entonces siempre había creído que todas las personas que profesan perfección, servían derechamente a Dios; y por esto quería yo ser religiosa. Aquí Nuestro Señor me puso de nuevo delante de los ojos del alma, a mi entender, porque con los del cuerpo nada vi, su Santísima Ley y Consejos Evangélicos.

Estaba yo muy atenta admirando lo que pasaba y me parecía iba leyendo la Ley Santa del Señor; pero sin ver ningún libro, ni letras, la veía escrita, y la entendía tan bien que parecía se imprimía en mi alma; pero de un modo muy particular el libro de los Santos Evangelios, que hasta entonces yo nunca había leído ni tampoco la Sagrada Escritura, y después que por la gracia de Dios he leído alguna cosa, lo he visto escrito a la letra como entonces me lo enseñó Nuestro Señor desde el Árbol Santo de la Cruz, que de su santísima boca me parecía salían las palabras que yo entendí.

A más de lo que vi en estas Sagradas Letras (sin ver letras con los ojos del cuerpo como he dicho arriba) una voz interior en el fondo de mi alma me explicaba el sentido de ellas, y el modo de cumplirlas. En eso me quedé (por un momento) en un mar de confusión, porque en el convento que yo entonces estaba no se guardaba lo que yo acababa de leer en aquel Sagrado Libro (digo libro porque no sé cómo expresar en dónde vi escritas estas sagradas letras: a mi modo de entender todo lo vi en Cristo Crucificado, que al paso que me enseñaba las

divinas letras me explicaba el sentido) y que como ésta fue la primera vez que Nuestro Señor me habló, y yo no entendía estas cosas, no sabía como poder dar cumplimiento a sus mandatos y anegada en un mar de lágrimas, dije a Su Divina Majestad que la tenía tan presente que me parece estaba hablando cara a cara ante la Majestad de Dios, y dije:

«Señor y Dios mío, si Vos no me decís en qué Orden religiosa me queréis para cumplir lo que me mandáis, yo no sé cómo será esto», porque de todos modos quería ser religiosa. ¿Por ventura queréis, Señor y Dios mío, una cosa nueva? (aquí no sabía yo lo que preguntaba). Esta pregunta la hice por divina disposición, pues se complacía Su Divina Majestad en ser preguntado con sencillez; y si bien la pregunta parecía indiscreta, porque en Dios no hay imposible, no la tomó a mal Su Divina Majestad pues no nacía de curiosidad, ni menos de desconfianza en el poder infinito de Dios sino que nacía de un corazón determinado en cumplir la divina voluntad, cueste lo que costara. (Esta voluntad me ha dado Nuestro Señor que en conociendo el querer de Dios ninguna dificultad se me ofrece: Bendito sea por tanta bondad) y así, me dijo Nuestro Señor con muestras de mucho agrado: « Sí, hija mía, una Orden nueva quiero, pero no nueva en la doctrina, sino nueva en la práctica». Y aquí me dio Nuestro Señor la traza de toda la Orden, y me dijo que se había de llamar: Apóstoles de Jesucristo a imitación de la Purísima Virgen María.

Aquí me puso de nuevo delante las Órdenes Religiosas, y me hizo ver el deplorable estado de toda la Iglesia universal; y me dijo con palabras sentidísimas, dignas de toda ponderación, que no tenían otro remedio los males de la Santa Iglesia que la guarda de su Santísima Ley.

Aquí vi a Nuestro Señor Jesucristo, que lo tenía presente de un modo muy especial, con tanta pena por los males de la Iglesia, que parecía como que le saltaran lágrimas de sus divinos ojos, y me dijo con gran sentimiento: «Mira, hija mía, si con lágrimas pudiera renovar el espíritu de mi Iglesia, de sangre viva las lloraría; pues que no me contenté en agotar toda la de mis venas para su creación, sino que me dejé a Mí mismo en prenda y memoria del infinito amor que le tengo para su conservación hasta el fin de los siglos». (Esta visión me la renovó Nuestro Señor la noche siguiente estando en oración).

Esta visión quedó tan impresa en mi corazón, y todas las palabras que me dijo Cristo Nuestro Señor tan presentes, que ahora que lo escribo, que ha pasado ya más de catorce años, me parece que estoy viendo y oyendo a Nuestro Señor Jesucristo con el mismo modo de entonces.

Desde esta visión tengo mucho amor a la Pobreza Evangélica (ya la amaba mucho antes), porque me dijo Nuestro Señor que la Santa Pobreza había de ser el fundamento de sus nuevos Apóstoles, y que por la falta de esta virtud ha venido a tierra toda la Religión.

Desde entonces me ha hecho la gracia Nuestro Señor de tenerlo siempre presente, y una muy íntima comunicación con Su Divina Majestad especialmente en la Humanidad Santísima de Cristo Señor Nuestro, y en el Santísimo Sacramento. Han sido tantas y tales las finezas de amor que ha obrado Dios

Nuestro Señor en esta miserable pecadora, que muchas veces me he visto obligada a exclamar: «Basta, Señor mío, basta; o ensanchad mi corazón o suspended tales finezas de amor».

Muchas veces me ha dicho Nuestro Señor que descansaba dándome parte de las injurias que recibe de los pecadores, especialmente de aquellos que Él ha escogido para su servicio. Otras muchas veces me ha manifestado su Sagrado Corazón rodeado de espinas, como comúnmente se pinta el Corazón solo; pero yo no lo he visto el Sagrado Corazón, sino dentro del Sagrado Cuerpo de la Humanidad Santísima de Cristo Nuestro Señor. (Aut. Paris 2-13)

Si leemos con atención vemos que el ambiente en que se desarrolla es el de la oración. M. María Antonia está ante Cristo Crucificado para pedirle remedie la situación conflictiva por la que ésta atraviesa. Está tan afectada por la persecución que la Iglesia sufre, que nace espontáneamente en su corazón el deseo de entregar su vida por ella. Sólo quien ama desea padecer por el amado que sufre y quitar ese sufrimiento al amado.

Se ofrece desde su pobreza existencial, su no poseer nada, ni virtudes, ni talentos. Con toda sencillez se abre a la acción de Dios en ella, como María: *hágase según tu querer*. El Señor se complace en su sencillez, generosidad, y humildad. Le abre los tesoros de la Sagrada Escritura, su Santísima Ley y consejos evangélicos. Dios obra en ella un cambio profundo, en su ser, que la lleva a vivir de un modo nuevo, una existencia marcada por la belleza de la Santa Ley, de los Consejos Evangélicos. Es la nueva alianza sellada por el Señor en el corazón de M. Antonia.

Con esta revelación el Señor confía a M. Maria Antonia la misión de fundar una Orden Nueva, no en la doctrina sino en la práctica. La novedad que Dios graba en el corazón de M. María Antonia es vivir hasta un ápice los consejos evangélicos, su Santa Ley. Es el sello con el que también nos sella el Señor desde que entramos a formar parte de esta familia.

2. Meditatio

El Señor Crucificado es el Maestro de M. Antonia. La enseñanza viene desde el árbol santo de la cruz.

La vivencia radical de los consejos es la novedad que M. María Antonia aporta a la Iglesia de todos los tiempos. Sólo desde el vivir, como los apóstoles y como María, en el seguimiento y en la predicación con el Señor Jesús, se hará realidad el querer de Dios para la Iglesia con el carisma que nos ha dado.

Dejémonos cuestionar cómo vivimos la radicalidad del Evangelio en nuestro hoy concreto, cómo es nuestra vida de oración, ¿deseamos ardientemente tener esa intimidad con el Señor, como la tuvo M. Antonia?

3. Contemplatio

Pasemos tiempo con contemplación de Cristo Crucificado. Dejemos que el Crucificado nos mire a los ojos, sintamos su mirada en lo profundo de nuestro corazón, y fijemos nuestros ojos en él. Hagamos silencio en nuestro interior para escuchar sus palabras.

4. Oratio

Veamos qué necesitamos pedirle al Señor: humildad, pobreza, fortaleza, amor generoso para seguir la entrega que un día le hicimos en nuestra profesión religiosa, ...

5. Actio

Al hacer esta memoria activa de nuestra Fundadora, seamos dóciles al Espíritu y veamos:

- Cómo responder hoy a la invitación que se nos hace por carisma, a vivir en radicalidad incondicional el evangelio,
- Cuáles son los retos que están ante nosotras de ser testigos creíbles desde la vida, con obras y palabras,

- Si acompañamos a otros desde la experiencia del encuentro con el Cristo Jesús, en alianza de amor, que lo entrega todo y lo recibe todo del Padre.
- La vivencia de la Santa Ley, el estar nuestro corazón sellado con esta Santa Ley, nos reta a vivir en el hoy histórico, en la coyuntura socio-político-religiosa de nuestro tiempo, viviendo una justicia liberadora, que abre cauces y espacios de libertad para todos aquellos que ansían vivir en el Reino de Dios.

Propuesta 2.

Reflexionar sobre la bondad y ternura de M. María Antonia, expresión de su identificación con Cristo.

Algunas ráfagas en las que ver el amor y la ternura de M. Maria Antonia

Dignaos, Dios mío, comunicarnos a todos Vuestro Divino Amor, que es la miel que endulza todas nuestras amarguras, suaviza las cosas ásperas, facilita las difíciles y nos lleva en sus brazos con las cruces que Vos, Dios mío, nos cargáis, pues el amor lleva la carga, sin carga, y aunque sea muy pesada, con el amor no lo sentimos (cf. Oración de la mañana, Recuerdos y Notas; p 194).

Han sido tantas y tales las finezas de amor que ha obrado Dios Nuestro Señor en esta miserable pecadora, que muchas veces me he visto obligada a exclamar: Basta, Señor mío, basta; o ensanchad mi corazón o suspended tales finezas de amor. (Autobiografía no. 12)

*“...un día de los que yo estaba más afligida... me dijo Nuestro Señor: **déjame hija, descansar en tu corazón, que no tengo en donde reposar.** (Autobiografía no. 70)*

M. María Antonia experimenta gozosa y cordialmente al **Dios de la Alianza, al Padre de Nuestro Señor Jesucristo**. El **pacto de amor** que establece con ella es el eje fundamental sobre el que se mueve y gira toda su vida.

Vive a Dios con una cercanía tal, que coge también toda su **corporalidad y sensibilidad como mujer**:

"...sentía tan real y verdadera esta divina presencia, que me parecía tenía una persona al lado... y me imponía tanto la certeza de la divina presencia, que nunca me atreví a mirar directamente a (esa) parte... veía una claridad tan extraordinaria que no sé a qué compararla... Esta divina luz siempre robustecía mi alma y mi cuerpo..." (Autobiografía 21.23).

Se sintió llevada por Él *"en la palma de sus manos"* (Autobiografía 135.140) y *"no pocas veces me dejó sentir la blandura de sus santísimos brazos..."* (Autobiografía 159).

El amor a Vuestra Santísima Voluntad Señor, me rinde a todo sacrificio (Autobiografía 106).

Me daba compasión verla (su compañera la Hna. Florentina) con tantas congojas, porque yo por esta parte nada padecía, pues ya estaba yo acostumbrada a estas trazas de Dios, porque así me ha llevado toda mi vida.

... nunca me ha faltado su santísima gracia, y ésta siempre ha alegrado mi alma según la multitud de mis aflicciones. (Autobiografía 111).

Siente una gran ternura cuando la priora del convento de Tarragona le pide que se acerque a una hermana que está dudando en su vocación. . . . *Sentía tal pena al oír las expresiones de confianza y de dolor con que se consolaba esta mi Madre*

con quien le había de dar el golpe más fatal que se podía imaginar, si perdía la hija que ella más amaba. (Autobiografía 105).

A la base del Instituto está el amor de comunión: *No hay cosa que tanto importa para la conservación de las órdenes religiosas como el tenerse todas las casas de una misma Orden una perfecta caridad y una fina armonía en el vivir como los miembros de un mismo cuerpo. (Constituciones 1; p. 387).*

Propuesta 3.

Elaborar un diario personal que ayude a entrar en profundidad en el conocimiento de una misma como Misionera Claretiana.

Lo importante en este momento es entrar en contacto con el centro de mi persona como Misionera Claretiana. Las preguntas que siguen son sugerencias que pueden ayudarme a entrar en profundidad en mi ser y re-descubrir cuál es mi identidad, quién soy yo, cuál es el centro de mi existir y me hacer hoy.

1. Busco el lugar preferido para mi oración y allí en silencio y ante la presencia del Señor le pido me ayude a poner por escrito la descripción de cuál es mi identidad personal en el día de hoy.
2. ¿Qué rasgos de la identidad personal de M. María Antonia me gustaría cultivar en mi persona? ¿Cómo trabajarlos para que sean una realidad en mí?
3. Haz un recuento del proceso de tu progresiva identificación con Cristo
4. ¿Quién está en el centro de tu corazón hoy?
 - ¿El desaliento?
 - ¿El desánimo?
 - ¿La frustración?
 - ¿El resentimiento?
 - Un vacío
 - ¿Cristo Jesús, el Crucificado, presente hoy en su Iglesia y en la Congregación en medio de nuestros fallos y pecados?
 - Cómo vivir hoy con esperanza nuestro momento histórico.

5. ¿Cuál es la calidad de mi amor por Cristo? ¿Sigo a Cristo Jesús en su ser-para-los-demás?

Propuesta 4.

Taller sobre las bienaventuranzas.

Este taller tiene un doble objetivo:

- Profundizar en descubrir que el primer bienaventurado es Cristo Jesús, él vivió con toda radicalidad las bienaventuranzas y las propuso a todos sus discípulos.
- Profundizar en cómo nuestros Fundadores, M. María Antonia y el P. Claret se fueron conformando con el espíritu de las bienaventuranzas como identificación con Cristo.

BIBLIOGRAFIA

San Antonio María Claret. *Autobiografía y Escritos Complementarios*. Edición bicentenario preparada por José María Viñas y Jesús Bermejo. Buenos Aires: Editorial Claretiana, 2008.

J. M. Lozano. *Una Vida al Servicio del Evangelio. Antonio María Claret*. Barcelona: Editorial Claret, 1985.

Madre Antonia Paris. *Escritos María Antonia Paris*, Estudio crítico, Introducciones y Notas por el P. Juan Manuel Lozano. Barcelona, 1985

Misioneras Claretianas. *Cartas de los Orígenes de las RR. De María Inmaculada Misioneras Claretianas*. Madrid, 2009.

Constituciones Misioneras Claretianas, Blanco y Fin.